 Tiempo de lectura: 62 min.

En el nombre de María Auxiliadora resuena una larga historia de confianza del pueblo cristiano en la protección de la Madre de Dios. En el siglo XVI, la invocación Auxilium Christianorum ya estaba presente en la tradición lauretana, pero, tras la victoria de Lepanto del 7 de octubre de 1571, atribuida a la especial intercesión de la Virgen invocada mediante el Rosario, el título cobró un significado mucho más vivo en la memoria cristiana. San Pío V atribuyó la victoria a la intercesión de María: a partir de aquel día nació la fiesta de la Virgen del Rosario y, según la tradición, se incorporó a las Letanías lauretanas la invocación «Auxilium Christianorum». María del Rosario y María Auxiliadora no son, por tanto, dos devociones separadas: es la misma Madre a la que la Iglesia contempla como aquella que acompaña, sostiene y socorre a sus hijos en las pruebas.

Cuando, en 1870, san Juan Bosco publicó los Nueve días consagrados a la Augusta Madre del Salvador bajo el título de María Auxiliadora, recogió esta herencia y la tradujo al lenguaje sencillo y concreto de la vida cristiana. Su novena no se limita a pedir gracias, sino que propone un verdadero camino espiritual: nueve días para crecer en la confianza en María, en la fidelidad a los sacramentos, en la oración, en la caridad y en la unión con Jesús.

Índice

Al lector

Declaración del autor

PRIMER DÍA

María, auxilio de los cristianos en las necesidades de la vida

Ejemplo

SEGUNDO DÍA

Honrar a María en las solemnidades y en los días que le están consagrados

Ejemplo

TERCER DÍA

Promover la santificación de las fiestas, la huida de las blasfemias y las malas conversaciones

Ejemplo

CUARTO DÍA

Confesión frecuente

Ejemplo

QUINTO DÍA

Comunión frecuente

Ejemplo

SEXTO DÍA

Pretextos contrarios a la comunión frecuente y ventajas de la misma

Ejemplo

SÉPTIMO DÍA

La Santa Misa

Ejemplo

OCTAVO DÍA

Honrar a Jesús Sacramentado en las solemnidades, en las procesiones, en el acompañamiento del Santo Viático y en las visitas a la iglesia

Ejemplo

NOVENO DÍA

[Consuelos del devoto de María en el momento de la muerte]

[Ejemplo]

[Fiesta de María Auxiliadora]

[Acto de consagración a María]

[Asociación de devotos de María Auxiliadora]

[Ventajas espirituales de los asociados]

[Aceptación]

Al lector

Además de las obras publicadas sobre el culto y las maravillas de María invocada con el título de *Auxiliadora de los cristianos*, muchos pedían una novena que, al tiempo que explicara el propósito de esta devoción, sirviera de guía para celebrar devotamente la solemnidad instituida en honor de esta augusta Reina del cielo. Para satisfacer estos piadosos deseos, he procurado exponer aquí, en nueve consideraciones, una novena que, además de servir de preparación para la fiesta de María Auxiliadora, puede ser igualmente útil para quienes, a lo largo del año, deseen consagrar nueve días a esta benefactora común de la humanidad.

Dado que la asociación de devotos de María Auxiliadora tiene como objetivo procurar a sus socios la protección especial de María en el momento de la muerte, gracias a la devoción a Jesús sacramentado y a su Madre Inmaculada, se ha tenido cuidado de tratar los temas y recopilar los pensamientos piadosos que parecían más oportunos para ello.

En cuanto a los ejemplos añadidos a cada consideración, he considerado oportuno no revelar los nombres de las personas a las que se refieren, para evitarles preguntas por parte de algún lector indiscreto. Pero se citan las fuentes de las que se han extraído y se conserva una relación manuscrita auténtica para cualquiera

que desee satisfacer mejor su devoción.

Por último, hay un apéndice sobre los estatutos de la piadosa asociación de devotos de María, que el Sumo Pontífice se dignó erigir en archicofradía con *Breve* del 5 de abril de 1870.

María Auxiliadora, que en estos tiempos se manifiesta de muchas maneras como gran benefactora de la pobre humanidad, ayúdame y ayúdate también a ti, oh lector cristiano, para que podamos vivir y morir en la gracia del Señor, y ser todos un día dignos de cantar sus alabanzas eternamente en el cielo. Así sea.

Declaración del autor

Para obedecer los decretos de Urbano VIII, declaro que, en lo que se dirá en el libro de milagros, revelaciones u otros hechos, no pretendo atribuir otra autoridad que la humana; y al dar a alguien el título de santo o beato, no pretendo darlo sino según la opinión, excepto aquellas cosas y personas que ya han sido aprobadas por la Santa Sede Apostólica.

PRIMER DÍA

Antes de realizar la lectura diaria, se dirá:

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

R. Sicut erat in principio et nunc et semper et in saecula saeculorum. Amen.

V. María, auxilio de los cristianos.

R. Ora pro nobis[1] .

María, auxilio de los cristianos en las necesidades de la vida

1. Una buena madre es siempre un verdadero tesoro y un gran consuelo para su familia. Así, María, nuestra piadosa madre, será sin duda fuente de gracias y bendiciones para las familias cristianas repartidas por todo el mundo. Vivimos como en un mar tempestuoso, como en el exilio, como en un valle de lágrimas. Pero María es la estrella del mar, el consuelo de nuestro exilio, la luz que nos ilumina, el camino al cielo, es, en definitiva, la vida, la dulzura y la esperanza nuestra: *vita, dulcedo, et spes nostra.* Ella se nos muestra así al obtener para nosotros continuas ayudas espirituales y temporales. María, dice san Jerónimo, tiene un corazón tan piadoso y tierno hacia los hombres, que nunca ha habido persona que se afligiera tanto por sus propios dolores como María por los dolores ajenos[2] . Por eso, tan pronto como ve una necesidad, inmediatamente nos lleva socorro. Así, en cuanto María supo por el arcángel que la familia de Zacarías, y especialmente Isabel, necesitaba ayuda, se apresuró a acudir a ella, recorriendo unas setenta millas por montañas escarpadas: *abiit in montana cum* festinatione[3] . Una vez llegada a aquella casa afortunada, María la sirvió durante tres meses como humilde criada, y no la abandonó hasta que ya no necesitó sus servicios. – Lo mismo hizo en Caná de Galilea. María se encontraba invitada a una boda con Jesús y otras personalidades ilustres, cuando en lo mejor de la comida se acabó el vino. María, con su mirada maternal, se da cuenta de que los novios están angustiados y se cubren de vergüenza. Al ver esto, María se conmueve y, sin que nadie se lo pida, piensa en acudir en su ayuda. Asumió rápidamente, como reflexiona san Bernardino de Siena, la función de piadosa auxiliadora: *officium piae auxiliatricis assumsit non rogata*[4] . Hijo, le dice en voz baja a Jesús, no tienen vino. María pronuncia estas palabras con tal expresión que da a entender que desea un milagro en favor de sus devotos, y lo obtiene, y los consuela[5] .

2. Esta tierna solicitud de María no disminuyó desde que fue ascendida al cielo por los ángeles; al contrario, aumentó aún más. – ¡Oh, sí! Ella todavía recuerda que en el monte Calvario Jesús la convirtió en nuestra madre. *Mulier, ecce Filius tuus,* y luego al discípulo amado: *Ecce mater* tua[6] . En ese momento, Jesús tocó su corazón

de tal manera y lo llenó de tanta ternura por nosotros, que la mente humana no puede imaginar. Pongamos juntos el amor que todas las madres sienten por sus hijos; pero la plenitud del afecto de todas estas madres nunca igualará el amor que solo María siente por cada uno de nosotros. ¡Oh, querido pensamiento, oh dulce consuelo! ¡Tener en el cielo una Madre tan tierna y amorosa!

Esta es la razón, oh devoto cristiano, por la que no se lee que, a lo largo de tantos siglos, María no haya acudido siempre en ayuda de los cristianos en cualquiera de sus necesidades. ¡Oh, no!, exclaman al unísono san Agustín y san Bernardo, nunca se ha oído en el mundo que alguien, en sus necesidades, haya recurrido con confianza a María y haya sido abandonado por ella[7] . Hojea las páginas de los libros sagrados y de todas las historias, recorre todo el mundo cristiano, pregunta a los pueblos, a los reinos, a las ciudades, a los pueblos, a las familias, y pregunta si alguna vez ha ocurrido entre ellos que María no haya acudido en ayuda de sus hijos necesitados. A tu pregunta todos responderán con una sola voz: *no, nunca.*

Para convencerlos mejor de esta verdad, entra, oh lector mío, en algún santuario dedicado a María, y no tardarás en convencerte de que ella es *la Auxiliadora de los cristianos* en las necesidades de la vida. Mira colgados en esas paredes sagradas los signos de su bondad y poder. Allí verás a un enfermo ya dado por perdido por los médicos, pero que gracias a María recupera la salud; aquí a uno liberado de la fiebre, otro del mal de Parkinson, un tercero de la gangrena. Verás también a otros que, por su intercesión, escaparon de las manos de los asesinos, o de las aguas, o de los incendios, o de una caída, y así sucesivamente. Al salir de allí, no podrás evitar exclamar: Oh *María, cuán poderosa y cuán buena eres, cuán cierto es que ayudas a quienes te invocan en las necesidades de la vida.*

3. Si María nos ayuda en las necesidades temporales, con mucha mayor prontitud nos socorre en las necesidades espirituales. Sería necesario escribir grandes volúmenes para enumerar todos los grandes beneficios que María ha hecho a sus devotos. San Bernardo expresa esta verdad diciendo: Dios quiso que todo bien nos llegara por medio de María; *totum nos habere voluit per Mariam;* y san Bernardino de Siena añade: Todas las gracias que recibimos de Dios se dispensan por medio de María, y se dispensan a quien María quiere, cuando quiere y como quiere María[8] . ¡Y cuántas vírgenes deben su virginidad a la protección de María! ¡Cuántos jóvenes la victoria sobre las pasiones! ¡Cuántos padres, cuántas madres la salud eterna de sus hijos! Se puede decir que en la nueva ley no hay santo que no reconozca su santidad por la intercesión de María. La historia nos dice que los más ilustres de

ellos fueron también los más devotos de María.

María no solo es la ayuda de los cristianos en particular, sino también el sostén de la Iglesia universal. Con la ayuda de María, los apóstoles, los mártires y la Iglesia primitiva vencieron a los perseguidores; con su ayuda se erradicó la idolatría; gracias a ella, la bandera de la Cruz ondeó por todo el mundo y triunfó[9] . Por ella se venció a los bárbaros, por ella se confundió a los herejes, por ella se erradicaron las herejías. Por eso, con razón, san Juan Crisóstomo ya llamaba a María el decoro, la gloria y la firmeza de la Iglesia: *Ecclesiae nostrae decus, gloria et firmamentum*[10] . Por lo tanto, oh devoto lector, digamos con san Bernardo: En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. María no se aleje jamás de tu boca; María no se aleje jamás de tu corazón. *In periculis, in angustiis, Mariam cogita, Mariam invoca; non recedat ab ore, non recedat a corde*[11] .

Práctica. – En las aflicciones y en los dolores invocaré a menudo a María.

Ejemplo

La historia nos ofrece muchos ejemplos que demuestran lo solícita que es María en socorrer a los cristianos en las necesidades de la vida. Sirva como ejemplo la victoria que Ella dio a los cristianos contra los turcos. Estos enemigos del nombre cristiano, después de muchas victorias, solo en la ciudad de Nicosia pasaron a cuchillo a veinte mil cristianos, a otros los desollaron y a muchos los devoraron vivos. No contentos con eso, ni con las conquistas realizadas, amenazaron con sangre y matanzas a toda la cristiandad. ¿Quién se atrevería a oponerse a esos formidables enemigos? El papa San Pío V, que entonces gobernaba la Iglesia, intentó unir a los príncipes cristianos en una liga santa; los invitó y les rogó que tomaran las armas contra el enemigo común, pero solo el rey de España Felipe II, el duque de Saboya Manuel Filiberto y algunos otros italianos se conmovieron ante la voz del Vicario de G. C. Entonces el papa, al ver que las fuerzas de los cristianos eran muy inferiores a las de los infieles y que, humanamente hablando, era imposible una victoria, depositó toda su confianza en María. Por lo tanto, ordenó oraciones públicas y privadas para toda la cristiandad, y él mismo, lleno de confianza, se abandonó en los brazos de Ella. Luego ordenó a los generales del ejército cristiano que expulsaran de su ejército a toda la gente de mala vida y que exigieran a los soldados restantes una conducta irreprochable y una tierna devoción

a María. Los combatientes se confiesan, reciben la Santa Comunión y, bendecidos por el Vicario de Cristo y bajo la protección de la Reina del Cielo, se hacen a la mar en busca del enemigo. El 8 de octubre, las dos flotas se encuentran cerca de Lepanto, ciudad de Grecia. Eran las cuatro de la tarde. Al son de las trompetas se da la señal de batalla y los cristianos, al grito de *«Viva María»*, se lanzan contra los infieles. Ya se había luchado con gran ferocidad durante una hora entera y la victoria aún estaba indecisa, cuando cae muerto el jefe de los turcos. Al conocer esta noticia, los bárbaros pierden el ánimo, se confunden y huyen; sus barcos son detenidos, hundidos o incendiados. La matanza es general, la derrota completa. En resumen, los turcos pierden treinta mil hombres, doscientas veinticuatro naves y cuatrocientos veintisiete cañones. Estas pérdidas supusieron el colapso del poder musulmán, que desde ese día fue decayendo hasta llegar a su fin en la actualidad. Todos reconocieron que una victoria tan prodigiosa se debía a María, quien, en el mismo momento en que la conseguía, se dignó revelarla en Roma a su devoto Pío con una visión celestial. En señal de agradecimiento y afecto, Pío V decretó que se incluyera en las Letanías Lauretanas la invocación: *María, auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

SEGUNDO DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, auxilio de los cristianos.

R. Ora pro nobis.

Honrar a María en las solemnidades y en los días que le están consagrados

1. Si queremos que María nos ayude en las necesidades de la vida, se requiere una voluntad sincera, un vivo deseo de complacerla y hacer todo lo que sabemos que le agrada, honrándola especialmente en las solemnidades y otros días consagrados a ella. En estos días, los ángeles y los santos del cielo se regocijan de alegría; multiplican las alabanzas a su Reina y se reúnen alrededor de su trono para rendirle homenaje y proclamar su poder y su gloria. Por eso, en los días que le están consagrados, procuremos purificar nuestra alma de toda mancha de pecado mediante una buena confesión, acercándonos luego a la santa comunión. Esta es la forma más adecuada de complacer a María y celebrar sus solemnidades. No dejemos de acudir a escuchar sus alabanzas en alguna iglesia y, si no podemos, leamos al menos y meditemos alguna de sus virtudes, especialmente aquellos hechos y misterios que se recuerdan en esas solemnidades especiales.

2. Pero para hacernos más agradables a María en los días dedicados a sus glorias, procuremos, oh devoto cristiano, prepararnos con una piadosa novena, o al menos con un triduo. ¿Qué hace un buen hijo cuando sabe que se acerca la fiesta de su madre? En los días previos, prepara el regalo que le va a hacer; piensa en las flores con las que formar un bonito ramo digno de su madre; prepara una carta o un pequeño sermón con el que pueda expresar mejor en su momento los afectos filiales de su corazón. Además de esto, en esos días se compromete a cumplir más exactamente con todos sus deberes; se cuida más que nunca de no causarle ni la más mínima molestia; en definitiva, se esfuerza por complacerla en todo. Así, en los días que preceden a las fiestas de María, somos más exactos en el cumplimiento de nuestros deberes, más pacientes, más caritativos. Por la mañana, a lo largo del día, por la noche, tratamos de elevar nuestra mente y nuestro corazón a María con cálidas jaculatorias: tratamos de vivir en estrecha unión con Ella, haciendo todo lo posible para complacerla. Estos actos de virtud son como un vago ramillete de flores espirituales, para ofrecer a María en el día de la fiesta. Venid, hijos míos, dice ella, hacedme guirnaldas de flores, rodeadme de frutos, porque languidezco de amor por vosotros: *fulcite me floribus, stipate me malis, quia amore langueo*[12] . Los más devotos suelen hacer todos los días de la novena una mortificación en la comida o en la bebida, o dar limosna, o asistir a misa, o incluso comulgar todos los días. Si la novena o el triduo tiene lugar en alguna iglesia, se acude puntualmente a las funciones que allí se celebran. Santa Gertrudis, en la fiesta de la Asunción, vio a

María con un coro de hermosas jóvenes bajo su manto; y comprendió que ese afortunado grupo era de aquellas almas que se habían preparado devotamente para esa sagrada solemnidad; y que, por lo tanto, María las miraba desde entonces con ojos más benignos, y los ángeles las custodiaban con mayor afecto.

3. Además de las reverencias que rendimos a María a lo largo del año, en las novenas y en sus fiestas, la Santa Iglesia nos exhorta a consagrarle también el sábado de cada semana. Por eso, también nosotros practicamos en ese día algún acto de virtud y piedad en honor de esta augusta Reina del cielo. San Juan de la Cruz, santa Teresa, san Alfonso María de Ligorio y muchos otros solían ayunar ese día; y así lo siguen haciendo hoy en día muchos buenos cristianos. Otros visitan la iglesia o rezan alguna oración en casa ante una imagen de María; otros ofrecen todas las acciones de ese día en su honor.

Pero esto no nos basta, hermano. No dejemos pasar un día sin honrar a María. Saludémosla a menudo con amorosas jaculatorias. San Bernardo, saludando un día con mucho afecto a la Virgen con las palabras *Ave María*, oyó responderle: *Ave Bernarde*. Procuremos también participar en las solemnes procesiones que se suelen hacer en honor de esta celestial Reina. Inscríbete en alguna cofradía piadosa y cumple con las prácticas de devoción que en ella se prescriben. Habla a menudo de ella con los jóvenes y con los adultos, difunde imágenes, medallas y libros que traten de sus grandezas y hagan concebir una tierna confianza y amor por ella. ¡Oh! Entonces María nos protegerá como verdadera Madre en esta vida y nos preparará un lugar distinguido en el cielo, porque está escrito: los que me honran tendrán la vida eterna: *qui elucidant me, vitam aeternam* habebunt[13].

Práctica. Propongo hacer cada sábado alguna abstinencia en honor a María.

Ejemplo

Dios, especialmente en estos últimos tiempos, se complace en obrar en alivio de los afligidos las mayores maravillas por intercesión de María Auxiliadora. A lo largo de esta novena iremos narrando algunas de ellas para edificación común. Sirva por ahora el siguiente hecho.

El año 1868, el 10 de junio, hacia el mediodía, llegaba a Turín, a la iglesia de María Auxiliadora, un hombre de aspecto distinguido. Bajó del carruaje que lo había traído

a toda prisa, entró en el templo y pidió confesarse; luego, con ejemplar recogimiento, se acercó a la Santa Comunión. Tras dar las gracias oportunas, se dirigió a la sacristía, hizo una ofrenda al director de la iglesia y le dijo: «Rezad por mí y contad al mundo entero las maravillas del Señor por intercesión de la Santísima Virgen». Cuando le preguntaron quién era y qué le había llevado allí, respondió: «Vengo de Faenza; tenía un hijo, único objeto de mis esperanzas. Enfermo desde los cuatro años, no me daban esperanzas de vida y lo lloraba inconsolablemente como si estuviera muerto. Un amigo, para consolarme, me sugirió que hiciera una novena a María Auxiliadora, con la promesa de hacer alguna ofrenda a esta iglesia. Lo prometí todo y añadí que vendría personalmente a hacer mi ofrenda, acercándome aquí a los santos sacramentos si obtenía la gracia. Dios me escuchó. A mitad de la novena, mi hijo estaba fuera de peligro y ahora goza de muy buena salud. Ya no será mío, pero lo llamaré para siempre hijo de María. He caminado dos días: ahora que he cumplido mi obligación, parto consolado y bendeciré siempre a la Madre de la Misericordia, María Auxiliadora[14] .

TERCER DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende:

R. Domine, ad adiuvandam me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, auxilio de los cristianos.

R. Ora pro nobis.

Promover la santificación de las fiestas, la huida de las blasfemias y las malas conversaciones

1. Tres graves desórdenes se han infiltrado hoy en día entre los cristianos; desórdenes que, al tiempo que insultan la Majestad de Dios y causan estragos en las almas, desgarran el dulcísimo Corazón de María. El primero de ellos es la profanación de las fiestas. Hemos llegado al punto en que en muchas ciudades y pueblos ya no se distingue entre días festivos y días laborables. En los días festivos se trabaja en el campo, se trabaja en los talleres, se trabaja en público, se trabaja en privado. Parece que los enemigos de Dios se han unido gritando: *acabemos con los días festivos en la tierra*[15] . – El segundo desorden es la blasfemia, que se está extendiendo terriblemente. Por desgracia, el demonio ha sabido enseñar a muchos cristianos el oficio inicuo que él ejerce en el infierno: *maldecir y blasfemar.* Así, blasfemias de todo tipo salen de la boca de muchos, grandes y pequeños, hombres e incluso mujeres. Se blasfema contra Dios y su Providencia, sus atributos, el Santísimo Sacramento y todo lo que es religioso y santo. Como si estos dos desórdenes no bastaran para devastar la tierra, se añade un tercero no menos funesto para las almas, me refiero a las conversaciones irreligiosas y deshonestas. Con las primeras se atenta contra la pureza de la fe, con las segundas contra la pureza de las costumbres; con las primeras se pierde el respeto por la Iglesia y sus ministros; con las segundas se corrompen las costumbres, las mentes y los corazones. *Corrumpunt bonos mores colloquia* prava[16] . Por estos tres delitos, el infierno abrió, por así decirlo, aún más sus fauces, porque un número infinito de cristianos cae en él cada día desgraciadamente. ¡Oh, tiempos deplorables! El infierno se ríe; el Cielo llora.

2. Cristiano, si queremos complacer enormemente a María, no solo no debemos manchar nuestra alma con ninguno de estos pecados, sino que con todo nuestro celo debemos procurar erradicarlos del mundo, o al menos reducirlos. Procuremos lograrlo con el ejemplo y las palabras de todos aquellos con quienes tratemos, y especialmente de nuestros empleados. Por lo tanto, en tu casa, sé el primero en santificar los días festivos. Procura realizar todo el trabajo urgente el sábado y la víspera de las fiestas, para que al día siguiente el demonio no te encuentre ninguna excusa para trabajar o hacer trabajar. Que los miembros de tu familia sepan que esa es tu voluntad; que tus sirvientes lo sepan para que se apresuren a hacer todas las tareas desde el día anterior. Acuérdate, dice Dios, de santificar el día festivo; ni hagas en ese día ninguna obra servil: *memento ut diem sabbati sanctifices, nec*

facies in eo omne opus[17] . Por lo tanto, recordemos que el día festivo es el día del Señor y que, además de abstenernos de las obras serviles, debemos ocuparlo en cosas que le den honor y gloria a Él y beneficio a nuestra alma. Si santificamos debidamente la fiesta, seremos bendecidos. Dios promete en varios pasajes de la Sagrada Escritura grandes prosperidades a los fieles observadores de las fiestas[18] ; por el contrario, los profanadores de las mismas deben esperar las más graves desgracias. En la antigua ley se les amenazaba con la muerte a pedradas: *qui polluerit illud morte* morietur[19] . El venerable cura de Ars decía con toda razón: *«Conozco dos medios para ir a la ruina: robar y profanar las fiestas».*

3. Cuidémonos también, oh devoto lector, de proferir blasfemias de cualquier tipo. La blasfemia es una grave injusticia y una negra ingratitud contra Dios: es una acción desesperada. San Agustín, hablando de los que blasfeman contra Jesucristo, dice que su pecado no es menor que el de los judíos que lo crucificaron: *non minus peccant qui blasphemant Christum regnantem in coelo, quam qui crucifixerunt ambulantem in* terris[20] . Si alguna vez fueras padre, madre o disfrutases de alguna otra superioridad, advierte y castiga a los culpables con penas proporcionadas. ¡Oh, no! No permitas jamás que nadie se atreva a profanar tu casa con este pecado. Dios, en la antigua ley, ordenaba que los blasfemos fueran condenados a muerte y ejecutados bajo una lluvia de piedras: *qui blasphemaverit nomen Domini, morte moriatur: lapidibus opprimet eum omnis multitudo*[21] . Aunque hoy en día esta ley penal ya no está en vigor, Dios no deja de castigar a los profanadores de su nombre con los castigos más terribles. A menudo basta con una sola blasfemia para que caiga sobre la cabeza la maldición divina. Por blasfemar en el campo de Senaquerib, cayeron en una sola noche 180 000 soldados. El faraón blasfema gritando: *«No conozco al Señor»,* y es sepultado en el mar con su ejército. Juliano el apóstata muere traspasado por blasfemar. Arrio, blasfemo de la divinidad de Jesucristo, perece en un retrete. Olimpio Ariano, habiendo blasfemado públicamente contra la Santísima Trinidad, se presentó ante tantos que lo escuchaban, golpeado y carbonizado por tres rayos[22] . Sí, es difícil que la blasfemia quede impune aquí abajo. Huímos de ella por caridad. Lo que te recomiendo con respecto a las blasfemias, vale también contra las malas palabras. No te dejes nunca inducir a hablar mal de la religión, de sus prácticas y de sus ministros. Respeta al Papa y sus decisiones; honra al obispo, al párroco y a toda persona sagrada, y sométete a ellos con la mente y el corazón: *obedite praepositis vestris, et subiacete eis,* decía san Pablo[23] . En cuanto a las buenas costumbres, que tus palabras sean siempre honestas, castas y recatadas. . Ten presente que lo que no es lícito hacer, tampoco es lícito pensarlo, y mucho menos decirlo en presencia de otros; es más, a menudo

incluso lo que te sería lícito hacer, es delito hablar de ello con otros. Si Dios juzga con rigor las palabras ociosas e inútiles, ¿qué será de las malas y escandalosas? A veces basta una sola de estas palabras para llevar a la ruina a un alma, porque, como se ha dicho, las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres: *corrumpunt bonos mores colloquia prava.* No digas: *«Si hablo con cierta libertad, lo hago con personas sensatas, de las que no hay que temer».* Esto es un engaño. Para cometer un pecado mortal basta con un mal pensamiento consentido. ¿Cómo puedes estar seguro de que quien te escucha no caerá víctima de tus palabras? Además, eres cristiano, y eso es suficiente. Tu lengua está consagrada por el cuerpo de Jesucristo, que tantas veces has recibido en la santa Comunión. ¡Por favor! No la profanes con conversaciones obscenas. San Pablo dice a los cristianos que ciertos vicios ni siquiera deben mencionarse entre ellos: *impudicitia nec nominetur in vobis.* No toleres jamás que se hable de forma irreligiosa o obscena en tu presencia, y cuando esto ocurra, sé valiente, alza la voz ante tus inferiores, advierte a tus iguales y, ante tus superiores, si la prudencia aconseja callar, muestra al menos un aire de disgusto para que se sepa que te niegas a participar en tales conversaciones. ¡Oh, sí, que María te ayude a huir siempre de los tres males mencionados y te conceda la gracia de disminuir las ofensas contra Ella y su divino Hijo, y cerrar el infierno a tantas almas infelices!

Práctica. – Santificaré los días festivos y evitaré las blasfemias y las malas conversaciones.

Ejemplo

Si Dios protege y recompensa incluso en esta vida a los devotos de María, no deja sin embargo de castigar a veces, incluso terriblemente, a quienes la deshonran y blasfeman contra ella. Relatemos algunos hechos.

Nestorio, hereje del siglo V, blasfema contra María diciendo que no es madre de Dios, pero no termina sus días en paz. Pronto es atacado por una terrible enfermedad y muere con la lengua podrida y carcomida por los gusanos. En el siglo VIII, Constantino Coprónimo también blasfema contra la Santísima Virgen, pero Jesucristo no deja impune al blasfemo de su Madre. Constantino es presa de una vergonzosa enfermedad; en su cuerpo se forman úlceras y pústulas inflamadas que le hacen gritar, mientras una fiebre ardiente lo devora. Finalmente, entre los más

horribles tormentos, retorciéndose y gritando, exhala su último aliento. El hijo sigue los pasos del padre y añade los hechos a las palabras. Un día, sacrílegamente, arranca las coronas de gemas y diamantes que adornan la cabeza de María en la iglesia y se las coloca sobre su cabeza. Pero al instante su frente se cubre de pústulas pestilentes, que ese mismo día lo llevan a la muerte. Un caballero de Holanda, burlándose de la devoción de los católicos hacia la Santísima Virgen, dijo un día: *Si esta Virgen hace milagros, ¿por qué no devuelve la vista a mi caballo ciego?* El blasfemo es escuchado: el caballo recupera la vista, pero el caballero la pierde al instante[24] . No terminaría si quisiera continuar. Bastan estos pocos hechos para convencernos de que Dios quiere que respetemos y honremos a su Santísima Madre.

CUARTO DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri et Filio etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilio de los Cristianos,

R. Ora pro nobis.

Confesión frecuente

1. Una de las mayores misericordias de Jesucristo es el sacramento de la confesión. Ay de nosotros si Jesús hubiera dicho: «Os doy el don del bautismo, os borro el pecado original y actual si lo tenéis, os constituyo herederos de mi reino; pero os exijo que os mantengáis inocentes hasta el final de vuestra vida. Si alguien se

atreviera a mancharse con una falta grave, que sepa que para él no habrá más esperanza de salvación». Jesús podría haber hablado así, y sin embargo grande habría sido su misericordia por habernos dado la gracia del santo bautismo. Pero conociendo nuestra debilidad y sabiendo que después del bautismo muchos pecarían gravemente, estableció otro sacramento, por medio del cual pudiéramos recuperar su gracia divina, el derecho y la esperanza del Paraíso. Por lo tanto, dio a sus ministros la facultad de perdonar los pecados en su nombre: *quorum remiseritis peccata remittuntur eis*[25] , y ordenó perdonar no solo siete veces, como le pedía san Pedro, sino hasta setenta veces siete: *usque ad septuagies septies*[26] , es decir, todas las veces que el pecador arrepentido hubiera confesado sus faltas.

Por voluntad de Jesucristo, la confesión es, por tanto, el segundo medio de reconciliación con Dios; es la segunda tabla después del naufragio. Cualquiera que, después del bautismo, haya cometido un pecado mortal, no tiene otra salida que confesar, es decir, decir con arrepentimiento todas sus culpas a un sacerdote aprobado y recibir de él la absolución. En todos los tiempos se practicó la confesión secreta de los pecados; en todas las épocas se ha considerado necesaria para obtener el perdón de Dios. En el siglo V de la Iglesia, san Agustín exhorta a los fieles a hacer penitencia por sus pecados a tiempo, y da la razón con las siguientes palabras: *Porque si alguien llega al final de su vida, no sabe si podrá recibirla de nuevo, y desconoce si podrá volver a confesar sus pecados a Dios y al sacerdote*[27] . – En el siglo III, san Cipriano recomienda igualmente a los pecadores que confiesen sus delitos mientras están vivos, mientras su confesión puede ser recibida, *mientras se puede obtener la penitencia y el perdón por medio de los sacerdotes*[28] . Poco antes, Orígenes comparaba al pecador con alguien que tiene una fuerte indigestión en el estómago y decía *que*, *si no quiere ahogarse, debe expulsar su pecado confesándolo al médico espiritual, es decir, al sacerdote*[29] . – Por estas razones, la Iglesia reunida en el Concilio de Trento condenó como herejes a aquellos que niegan la institución divina y la necesidad de la confesión[30] . Así pues, ricos y pobres, siervos y señores, reyes, monarcas, emperadores, sacerdotes, obispos, los mismos sumos pontífices, todos deben inclinar la cabeza ante un sacerdote para obtener el perdón de las faltas que hayan cometido después del bautismo.

2. La confesión no solo tiene la ventaja de devolvernos la gracia de Dios cuando la hemos perdido, sino también de aumentarla si nos acercamos a ella con solo pecados veniales. Nos aporta aún otras utilidades: impide que el vicio eche raíces en nuestro corazón; disminuye los pecados, dándonos la fuerza para evitar muchos, tanto graves como leves; hace que nuestra alma sea cada vez más bella a los ojos

de Dios. Por eso, san Bernardo nos exhorta con estas palabras: Ama la confesión, si deseas aparecer hermoso ante la divina presencia: *ama la confesión si deseas adornarte*[31] . Con la confesión obtenemos también una paz perfecta de conciencia. Por medio de la confesión se reciben sabios consejos de un fiel amigo del alma, mayor fortaleza para combatir y vencer al demonio, mayor confianza para el día de la muerte, mayores méritos para el cielo.

En vista de tantos beneficios espirituales, todo cristiano debe esforzarse por acercarse con frecuencia a este sacramento, ya que para disfrutar de los bienes mencionados no basta con acercarse una sola vez al año, o en raras ocasiones. Si alguien se lavara solo una o dos veces al año, ¡oh, cuán fea y deforme se volvería su cara! Si solo una o dos veces al año limpiara sus ropas, sin duda esparciría un hedor espantoso. Lo mismo ocurre con el alma de quien se confiesa con poca frecuencia. Por eso, querido lector, procuremos acercarnos a él en todas las solemnidades de nuestro Señor y de la Santísima Virgen, y mejor aún, cada quince días, o una vez al mes, como recomiendan todos los catecismos, o cada ocho días, según aconsejaba san Felipe Neri. Algunos dirán: «Me gustaría confesarme a menudo, pero mis asuntos me lo impiden». Esta es una excusa vana, un engaño del demonio. Es una excusa vana porque, para acercarte a la confesión, podrías elegir los días festivos, en los que los asuntos temporales deben necesariamente dejarse de lado. Dicho esto, es imposible que un cristiano no pueda encontrar de vez en cuando al menos una hora en un día festivo para realizar un acto tan beneficioso. Es todavía un *engaño del demonio,* porque el primer asunto, el más importante, es decir, el único, es salvarte. ¡Oh! exclama el Señor: *¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si luego pierde su alma*[32] ?

3. El demonio, enemigo de todas las obras santas, cuando no consigue alejarnos de la confesión, se esfuerza por que nos acerquemos a ella sin la debida disposición, de modo que obtengamos poco o ningún beneficio. Por eso, oh devoto cristiano, pon en práctica los dos consejos siguientes, que considero de la máxima importancia.

1. Piensa en cada confesión como si fuera la última de tu vida. Créeme, oh lector, un gran número de cristianos se confiesan, pero lo hacen mal. Santa Teresa tuvo una terrible visión al respecto. Dios le mostró la multitud de almas que se presentaban ante el tribunal divino para ser juzgadas, y vi, dice ella, que esas almas caían en el infierno como la nieve cae en invierno sobre las laderas de las montañas. Asustada, le pregunté la razón, y Dios respondió que aquellas almas se

perdían no por haberse negado a confesarse, sino por haberse confesado mal. Por eso, confésate durante tu vida como si estuvieras a punto de morir, es decir*, con dolor* y *sinceridad,* procurando poner en práctica los propósitos que haces en tu confesión.

2. Al hacer el examen, echa siempre un vistazo a tu vida pasada, y si encuentras algún engaño de conciencia o te surge algún temor sobre las confesiones ya hechas, confíaselo rápidamente al confesor. No lo pospongas de vez en cuando, porque te pondrías en peligro de hacer confesiones sacrílegas, o al menos con grave daño para tu alma.

Ánimo, pues, devoto de María, observa lo que te he dicho y, cuando te acerques a este sacramento de misericordia, recuerda rogar a María que te obtenga un verdadero dolor por tus culpas y un firme propósito de huir siempre y en todas partes del pecado y de las ocasiones de pecar. Haciendo esto, te harás cada vez más querido por esta Reina del cielo, y con cada confesión obtendrás un aumento de gracia en la tierra y un aumento de gloria en el cielo.

Práctica. Me prepararé para hacer una buena confesión en honor a María, y si el confesor lo considera necesario, también haré la confesión general.

Ejemplo

María Auxiliadora hace sentir en todas partes los dulces efectos de su poder y de su amor maternal. El 26 de julio de 1868, una persona escribió desde Austria el siguiente relato.

Hace unos días, oprimida por el miedo, invoqué la ayuda de María Auxiliadora en favor de mi yerno, y ahora no sé con qué palabras darle las gracias. El enfermo, tras una grave enfermedad, se encontraba al borde de la muerte. Recibió los santos sacramentos con suma ejemplaridad y mostró la resignación y la fortaleza del verdadero cristiano agonizante. Pero yo, mi hija y todos los miembros de la familia estábamos aterrorizados ante la idea de perderlo. En esta terrible situación, comenzamos una novena en honor a María Auxiliadora, nuestra única esperanza. El día 18 comenzamos la memorable novena y yo coloqué al cuello del enfermo la prodigiosa medalla de María Auxiliadora. ¡Es maravilloso contarlo! Ese mismo día, el enfermo recuperó tantas fuerzas y disminuyó tanto su malestar que los médicos lo

dieron por fuera de peligro. Hoy (26 de julio) el enfermo habla, ríe, bromea y ya ha podido reponerse con bebidas y alimentos de diversos tipos. Que ahora y siempre sea bendecido, exaltado e invocado por todos y en todas partes el nombre de María Auxiliadora.

Al hecho mencionado anteriormente añadimos otro que ocurrió en Huete, España, el 29 de mayo de 1867. Una madre pobre tenía un hijo pequeño de siete años que había perdido completamente la vista tres meses antes a causa de la viruela. Tras intentar en vano todas las pruebas y sin esperar nada de los remedios humanos, depositó toda su confianza en la protección de María Auxiliadora. Llevando de la mano al pequeño ciego, se dirigió ese día a la iglesia. Allí, tras confesarse, se postró llorando a los pies de la imagen de María y le dijo al niño: «Hijo, encomiéndate a la Virgen del Socorro y pídele que te cure y te devuelva la vista».

El niño, obediente a la invitación de su madre, se puso a rezar con estas palabras: «Virgen Auxiliadora, cura mis ojitos». Tan pronto como pronunció estas palabras, gritó: «Mamá, mamá, veo la imagen de la Santa Virgen: ¡oh, qué hermosa es! También te veo a ti y veo mis manitas». La gracia se había cumplido, la madre, fuera de sí por la alegría, rompió a llorar, y con ella todas las personas que la acompañaban; y en voz alta dio gracias a su Libertadora y anunció por todas partes la bondad y el poder d[33] .

QUINTO DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilium Christianorum,

R. Ora pro nobis.

Comunión frecuente

1. El amor que Jesucristo profesa a los hombres es muy tierno.

A lo largo de toda su vida mortal, con palabras y hechos, dio a conocer cómo los hombres son el deleite de su corazón: *deliciae meae esse cum filiis hominum*[34] . A pesar de todo lo que ya había hecho, su corazón aún no estaba satisfecho. Quiso obrar un milagro que se puede llamar el compendio de todos sus milagros: *memoriam fecit mirabilium suorum*[35] . En su infinita sabiduría, encontró la manera de unirse a nosotros en una unión inefable, de entrar en nosotros con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, de unir nuestro cuerpo y nuestra alma a sí mismo tan estrechamente que formáramos una sola cosa con Él y casi un mismo cuerpo[36] . Encontró la manera de hacerse comer por nosotros sin dejar de vivir glorioso e inmortal: *Escam dedit timentibus se*[37] . ¿Y cómo? Con la admirable institución de la Sagrada Eucaristía.

2. Nuestro buen Jesús, en la última cena, después de decir a sus apóstoles que *había deseado* con *el* más *vivo deseo ese momento*[38] ; después de recordarles las promesas ya hechas de darles de comer y beber su Carne y su Sangre[39] , les explica cómo había encontrado la manera de satisfacer sus deseos. Por lo tanto, toma el pan en sus manos, alza los ojos al cielo, lo bendice, lo parte y se lo ofrece a sus discípulos pronunciando estas venerables palabras: Tomad y comed: *esto es mi Cuerpo.* Con estas palabras, ese pan deja de ser pan para dar lugar al Cuerpo real de Jesucristo. Ante un prodigio inaudito, los ángeles se miran atónitos de asombro; los apóstoles, llenos de fe y conmovidos hasta las lágrimas, obedecen la invitación del buen Maestro, toman y comen ese alimento divino, se acercan más íntimamente a Jesús y disfrutan por primera vez de un consuelo hasta entonces desconocido.

Jesús toma entonces el cáliz, vierte vino en él, lo bendice y se lo ofrece con estas palabras: Tomad y bebed todos de él: *Esta es mi Sangre, la Sangre*[40] . En ese momento, el vino deja de ser vino y se convierte en la preciosa Sangre de Jesucristo. Pero Jesús no se conforma con haber hecho este gran regalo a sus apóstoles y haberse unido tan estrechamente a ellos. Anhela aún unirse a tantas

almas que, siglo tras siglo y en todos los lugares de la tierra, creerían en Él y lo amarían tiernamente. Por eso, en ese momento, Él mismo constituye sacerdotes a sus apóstoles, les da el poder de hacer lo que Él mismo ha hecho, pronunciando sobre el pan y el vino sus mismas palabras. Les ordena además que creen otros sacerdotes dotados del mismo poder, y que así se sucedan unos a otros hasta el fin del mundo, para que Él, por medio de su ministerio multiplicado en todos los tiempos y en todos los lugares, pueda unirse con todas las almas y encontrar en ellas su deleite; *hoc facite in meam commemorationem:* haced esto en memoria mía. ¡Oh, don inefable! Con razón dijo el Concilio de Trento que Jesucristo, al instituir este Sacramento, agotó, por así decirlo, todas las riquezas de su divino amor hacia los hombres: *Sacramentum hoc instituit, in quo divitias divini sui erga homines amoris velut effudit*[41] . Jesús, al dar todo su ser como alimento para nosotros, dice san Agustín, ha dado todo lo que podía dar como omnipotente; todo lo que sabía dar como sabiísimo; ha dado todo lo que poseía como infinitamente rico[42] . Pero ¿por qué hacernos un regalo tan grande? Porque el amor de Jesús no conoce límites. ¡Oh, amor incomprensible! Oh, buen Jesús, te admiro, te doy gracias, te adoro.

3. Lo que impulsó a Jesucristo a instituir este divino sacramento fue el gran deseo de unirse estrechamente a nosotros para enriquecernos con gracias y salvar nuestras almas. Para animarnos a recibirlo con frecuencia en la santa comunión, nos hizo grandes promesas. Prometió el paraíso a quienes lo recibieran; prometió la vida eterna, una resurrección gloriosa al final del mundo: *«Yo soy el pan que descendió del cielo* —dijo—; *quien coma de este pan, que es mi carne, vivirá eternamente, y yo lo resucitaré en el último día*[43] ». Y para que nadie se negara a acercarse a esta mesa celestial, llegó a amenazar con la muerte eterna a aquellos que se mantuvieran alejados: *«En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros*[44]. ¡Por favor! *Venid a mí todos,* continúa diciendo este tierno Padre, *venid a mí todos los que estáis cansados y oprimidos, y yo os aliviaré*[45] . Venid vosotros, justos e inocentes, y yo os daré perseverancia; venid también vosotros, pecadores, siempre que os arrepintáis de vuestros pecados y estéis decididos a no volver a cometerlos, y yo os acogeré igualmente como un padre tierno; *Venite ad me omnes, et ego reficiam vos.* ¿Podría decir más para mostrarnos su deseo de ser recibido en la santa Comunión? María, que conoce profundamente el corazón de Jesús, también anhela ardientemente ver a sus devotos sentados a menudo a la mesa de los ángeles. Después de su Ascensión al cielo, Ella dio consejo y ejemplo a los primeros cristianos, quienes, siguiendo sus pasos, se acercaban cada día a la Santa

Comunión; *erant perseverantes in communicatione fractionis panis*[46] . La Comunión frecuente era el deseo, el sostén y el más dulce consuelo de los fieles en tiempos de sangrientas persecuciones. En esta ocasión, la Iglesia les permitía incluso llevarse a casa en una preciosa cajita una hostia consagrada, para que, en caso de peligro de ser capturados por los verdugos y conducidos al martirio, pudieran comulgar por sí mismos. Todos los santos siempre han recomendado y frecuentado la Santa Comunión.

La Santa Iglesia ha estimulado en todo momento a los fieles a comulgar con frecuencia. Estas son las palabras registradas en el Concilio de Trento: «Sería sumamente deseable que todo cristiano fiel se mantuviera en tal estado de conciencia que pudiera comulgar cada vez que asistiera a la Santa Misa[47] ». Finalmente, el papa Clemente XIII, para animar a los cristianos a acercarse con frecuencia a la confesión y la comunión, concede a todos aquellos que tienen la loable costumbre de confesarse cada semana la indulgencia plenaria cada vez que comulgan.

Si, pues, Jesucristo estableció la comunión para nosotros; si desea ardientemente que la recibamos a menudo; si los primeros cristianos con su ejemplo, si María con su consejo, si la Iglesia católica con su autoridad nos animan a la comunión frecuente, ¿querríamos acaso buscar pretextos para mantenernos alejados de ella?

Práctica: Me acercaré a menudo a la Santa Comunión, especialmente en las novenas y fiestas de María.

Ejemplo

Hacia el año de Nuestro Señor Jesucristo de 552, ocurrió en Constantinopla un hecho muy sonado en relación con la Comunión. En aquella ciudad se solía buscar en las escuelas a niños inocentes para que consumieran las sagradas partículas del Cuerpo de Jesucristo que sobraban de la Comunión de los fieles. Un día, por casualidad, se introdujo entre los demás al hijo de un vidriero judío. Cuando su padre le preguntó por qué había vuelto a casa más tarde de lo habitual, el niño contó ingenuamente lo que había hecho y comido junto con los niños cristianos. Furioso por ello, el padre se abalanzó sobre su hijo, lo ató y, sin decir nada a nadie, lo arrojó al horno donde se fundía el vidrio. La madre, ajena a lo sucedido, estaba

inquieta y afligida por no ver a su querido hijo, y lo buscaba por toda la ciudad. Después de tres días de búsquedas infructuosas, regresó a casa llorando y gritando desesperadamente, cuando al pasar cerca del horno oyó al niño responder a sus gritos desde medio de las llamas. Entre el miedo y la esperanza, corre rápidamente, rompe la puerta, pide ayuda y, para sorpresa de todos, saca sano y salvo al afortunado niño. Cuando le preguntaron cómo había podido permanecer tanto tiempo ileso de las llamas, respondió que una mujer vestida de púrpura se le acercaba a menudo, llevándole agua para apagar el fuego que le rodeaba y excelente comida para saciar su hambre. Este prodigio conmovió a toda la ciudad. La madre y el hijo abrazaron la religión católica, y el padre, arrepentido de su delito, fue condenado a muerte por orden del emperador Justiniano[48].

Si María (que sin duda era aquella mujer vestida de púrpura) prestó una ayuda tan extraordinaria a un niño que, sin saber lo que hacía, había recibido la santa Comunión, ¿qué gracias no concederá a aquellos devotos que, con la debida disposición, se acercan con frecuencia a este divino Sacramento?

SEXTO DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri et Filio etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilio de los Cristianos,

R. Ora pro nobis.

Pretextos contrarios a la comunión frecuente y ventajas de la misma

1. El demonio con sus engaños y el mundo con sus pretextos son los que alejan a los fieles de la comunión frecuente.

Algunos dicen: *Para comulgar con frecuencia hay que ser santo, pero yo no lo soy*.

Yo respondo: Para comulgar con frecuencia hay que poseer la santidad; pero no la santidad perfecta que se encuentra en los santos más ilustres y en los mártires, sino la que está al alcance de todos los cristianos; esa santidad que consiste en el estado de gracia de Dios, unida a la buena voluntad de huir del pecado y servir a Dios. Dios exige esta santidad a todos, aunque no comulguen con frecuencia; y si no la posees, debes esforzarte por adquirirla. Si ya la posees, eres lo suficientemente santo para acercarte a la comunión; es más, al poseer esta santidad suficiente, debes recibir a menudo a Jesucristo para fortalecerla y aumentarla aún más en tu alma. A este respecto, y para evitar otros engaños, recuerda que la comunión no solo fue establecida por Jesucristo como *recompensa* por las virtudes adquiridas, sino también como medio para adquirirlas.

Otro dice: *No me atrevo a comulgar sin confesarme primero, y para confesarme cada vez no tengo tiempo.*

A este se le responde: No es necesario confesarse cada vez que se quiere comulgar. Solo hay un caso en el que es obligatorio confesarse antes de recibir la Sagrada Hostia, y es cuando se tiene conciencia de haber cometido un pecado mortal[49]. Ahora bien, las almas cristianas que se acercan a menudo a los Santos Sacramentos nunca caen, o muy rara vez, en pecado grave. Para los pecados veniales, la confesión no es necesaria, y para borrarlos basta con hacer un acto de caridad o de contrición, el signo de la Santa Cruz con agua bendita, recitar el *Pater noster,* escuchar devotamente la Santa Misa y cosas similares. Y aunque tuvieras en tu conciencia algún pecado leve, no debes angustiarte, porque la Iglesia ha declarado que la Comunión preserva del pecado mortal y borra los pecados veniales: *quo liberemur a culpis quotidianis, et a mortalibus praeservemur*[50]. Sin embargo, dado que de una confesión bien hecha se reciben también muchas gracias y ayudas, será bueno que nos acerquemos a ella de vez en cuando, cada ocho o quince días.

2. Otro dirá: *No siento fervor; más bien, carezco de devoción*.

Se responde: Para hacer bien y con fruto la Comunión, incluso frecuente, no es necesario sentir fervor; al contrario, las comuniones hechas en la aridez, pero para complacer a Dios, son las más meritorias. Muchos santos, como san Vicente de Paúl y santa Teresa, estaban sujetos a la misma falta de fervor y a las distracciones; sin embargo, nunca descuidaron sus prácticas de piedad, especialmente la santa Comunión. Aunque seas tibio, dice san Buenaventura, acércate con confianza, porque cuanto más enfermo estés, más necesitas al médico: *Licet tepide, accede fiducialiter, quia quo magis aeger, magis indiges*[51] .

Otros añaden: *No me atrevo a comulgar a menudo, porque siempre recaigo en los mismos pecados*.

Pero si te abstienes de acudir a la Comunión, recaerás más fácilmente, y tal vez en faltas mayores: porque al abstenerte del pan de los fuertes, aumentarás cada vez más tu languidez y acabarás muriendo por ello. Escucha, pues, lo que dice al respecto san Ambrosio: Pecado todos los días, por lo que todos los días necesito tomar el remedio: *quotidie peco, quotidie remedio indigeo*[52] . No hay que olvidar que la comunión, incluso diaria, nos preserva de los pecados mortales, pero no nos hace impecables. Por eso, procuremos tener el corazón alejado de la culpa, una buena voluntad de amar y servir a Dios, y luego no nos turbemos por los defectos cotidianos. La santa comunión nos purificará poco a poco, dándonos también la fuerza para evitar gran parte de ellos.

3. Algunos suelen decir: *No es necesario comulgar a menudo: la Iglesia lo ordena una vez al año*.

Escucha la respuesta: Jesucristo, Rey del cielo y de la tierra; Jesucristo, Amor, Deleite de todos los santos, desea que nos comuniquemos a menudo. ¿Por qué entonces buscar si esta frecuencia es necesaria o no? ¿Conoces y amas a Jesús? Entonces satisface sus deseos.

Es cierto que la Iglesia ordena comulgar al menos una vez al año, pero no prohíbe hacerlo más a menudo, sino que lo desea. Fíjate en esa palabra «*al menos*», con la que expresa su mandamiento, y comprenderás mejor su intención. La Iglesia es como una madre, que sabe que su hijo necesita comer con frecuencia para mantenerse fuerte y no morir, pero no puede obligarlo. ¿Qué hace entonces? Bajo pena de grave castigo, le obliga a comer al menos una vez de vez en cuando, con la esperanza de que luego le entre el apetito, se anime a comer más a menudo y así se mantenga con vida. Por lo tanto, el mandamiento de la comunión anual está

hecho para los perezosos y los indolentes.

Debemos imitar a tantos padres y madres de familia, sirvientes y sirvientas, tantos artesanos y campesinos que sudan todo el día en sus trabajos; que se levantan temprano por la mañana, van a la iglesia, comulgan, dan las gracias como es debido y luego se van a casa a ocuparse de sus quehaceres sin que nada les perturbe. ¿No podríamos hacer nosotros también lo que hacen ellos?

Pero, ¿qué regla puedes seguir para recibir la Comunión? Pregunta esto a tu confesor, que no podrá sino darte sabios consejos. Son muy pocos los cristianos a los que no se les puede aconsejar y permitir la Comunión cada semana. San Felipe Neri recomendaba confesarse cada ocho días y comulgar incluso más a menudo, según el consejo del director espiritual. La Eucaristía, dice San Agustín al respecto, es el pan de cada día; recíbela, pues, cada día, para que te beneficie cada día. Vive, sin embargo, de tal manera que puedas recibirla cada día. Santo Tomás añade: «Cuando uno sabe por experiencia que la Comunión diaria hace crecer en su corazón el amor a Dios, debe comulgar cada día»[53].

Así lo hacía también la Santísima Virgen después de la Ascensión de su Hijo al cielo. Ella escuchaba todos los días la Santa Misa, que en su mayor parte le decía el apóstol Juan, y de sus manos recibía luego a su amado Jesús.

Práctica. – Fijaré algunos días de la semana o del mes para hacer la Santa Comunión en honor a María.

Ejemplo

Son innumerables las gracias obtenidas al hacer una novena en honor a María Auxiliadora y al acercarse a la Santa Comunión para hacerla más agradable y eficaz. He aquí un hecho que el e e prueba con evidencia. El 8 de agosto de 1858 escribían desde Carignano lo siguiente: «Habían pasado ya cinco meses desde que mi madre sufría de dolores de cabeza muy agudos. A veces se sentía tan oprimida que, al perder el uso de sus facultades intelectuales, permanecía delirante. En ese miserable estado, ora lloraba, ora suspiraba; ora nos invitaba a los de casa a ayudarla con algún consuelo. No quedaba más remedio que recurrir con confianza a María Auxiliadora, como habían hecho otros parientes y amigos nuestros. Por lo tanto, decidimos hacer una novena, que comenzamos rápidamente acercándonos a

los santos sacramentos de la confesión y la comunión. Esto sucedió el 24 de junio. A partir de ese día, mi madre mejoró tanto que se podía decir que estaba curada. La novena aún no había terminado y ella ya había recuperado la salud por completo. Invitado por mi madre, mi familia, mis vecinos y otras personas sabias y autorizadas, me apresuro a expresar la gratitud común al Señor con este relato, rogando que se publique, para que se conozca y se invoque en todas partes el poder de María Auxiliadora de los cristianos[54] .

SÉPTIMO DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilio de los Cristianos,

R. Ora pro nobis.

La Santa Misa

1. ¿Quieres saber, oh devoto cristiano, qué es la Misa? La Santa Misa es la acción más grande que se puede realizar en este mundo; es el acto más sublime y excelente en sí mismo, el más agradable a Dios, el más ventajoso para nosotros. La Misa es la continuación y la renovación de lo que Jesucristo hizo en la última cena, cuando con su palabra omnipotente cambió el pan en su Cuerpo y el vino en su Preciosísima Sangre. Jesús, en la víspera de su muerte, celebró con sus apóstoles la primera Misa, con la orden de que se renovara hasta el fin del mundo: *Hoc facite in meam commemorationem.* La Santa Misa, además de ser una continuación y

renovación del maravilloso prodigio obrado en aquella memorable noche, es también la continuación y renovación del sacrificio de la cruz, que Jesucristo hizo de todo sí mismo para apaciguar la justicia divina, indignada contra nosotros, para cerraros el infierno y abrirnos las puertas del Paraíso. Sí, allí, sobre el altar, está el mismo cuerpo, sangre, alma y divinidad de Jesucristo, hecho presente por las palabras de la consagración pronunciadas por el sacerdote sobre el pan y el vino; y allí, al igual que en el Calvario, Jesús se encuentra en actitud de víctima que se ofrece al Padre Eterno por nuestra salvación. Una sola diferencia, no en la sustancia, sino solo en la forma, hay entre el sacrificio de la cruz y el del altar, y es que aquel fue sangriento, es decir, con derramamiento de sangre, y este es incruento, es decir, sin derramamiento de sangre. Pero la víctima es la misma, y el valor es igual. Por lo tanto, al celebrar la Santa Misa se representa lo que todo Jerusalén vio ya el Viernes Santo, lo que vieron los judíos; lo que, en medio de tantos espasmos, contempló al pie de la cruz María dolorida; lo que oscureció el sol, hizo temblar la tierra y partir las montañas; en definitiva, lo que nos cerró el infierno y nos abrió las puertas del Paraíso, es decir, Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, muerto en la cruz por nuestra salvación. ¡Oh! ¿Quién puede explicar la excelencia de la Misa? Ni siquiera los ángeles son capaces de hacerlo, y callan llenos de reverencia.

2. Siendo el sacrificio de la Misa idéntico al de la cruz, se deduce que una sola Misa rinde a Dios una reverencia, una alabanza, una gloria superior a todas las reverencias, honores y alabanzas que le han sido y le serán rendidos por los ángeles del cielo y por los hombres sobre la tierra hasta el fin del mundo . Hace ya seis mil años que hay en el mundo almas piadosas y santas. ¿Quién puede decir el honor que estas han rendido a Dios en tanto tiempo con sus adoraciones? Han pasado más de mil ochocientos años desde que Jesucristo abrió las puertas del cielo e introdujo en él las almas de los justos primitivos, y desde entonces sigue recogiendo cada día a los buenos que fallecen en esta vida. ¡Cuántas alabanzas habrán rendido ya a Dios todos estos espíritus bienaventurados! Sumemos también los homenajes, las alabanzas y las adoraciones que ya han rendido y seguirán rindiendo a Dios los nueve coros de los espíritus celestiales, los querubines, los serafines, las virtudes, los principados, las potestades, los tronos, las dominaciones, los arcángeles y los ángeles; añadamos también las alabanzas de todos los santos que han existido y existirán, de los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y todos los justos. ¡Qué honor tan sublime! ¡Qué gloria tan inmensa para Dios! Y, sin embargo, superior a todo esto es el honor y la gloria que se rinde a Dios, incluso con una sola misa. ¿Y por qué? Porque todos

estos espíritus angelicales, todos estos santos, al ser criaturas finitas, el honor que rinden a Dios con sus adoraciones y alabanzas no puede traspasar los límites de lo creado y de lo finito; en cambio, en la santa misa, quien adora, honra y glorifica a Dios es Jesucristo, Dios mismo, y por eso el honor y la gloria que le rinde tienen un valor infinito. ¡Oh! Entonces, ¿por qué temer si no sabemos alabar y honrar a Dios con nuestras oraciones como es debido? Celebremos o al menos escuchemos devotamente la Santa Misa, y estaremos seguros de honrar y glorificar a Dios, tal y como exige nuestro deber y su infinita Majestad.

3. Pero si, por una parte, la Santa Misa rinde a Dios un honor infinito, por otra nos aporta todo tipo de bienes. Es el canal misterioso por el cual Jesucristo nos aplica los frutos de su pasión y de su muerte, y nos comunica todas las gracias que nos ha merecido; es el arco de paz que apacigua la ira de Dios; es la llave de oro que nos abre los tesoros de toda bendición celestial: *omni benedictione coelesti et gratia repleamur,* como expresa la Iglesia en la celebración de la Santa Misa. El sacrificio de la Misa es propiciatorio, es decir, nos hace propicios a Dios, aunque esté indignado por nuestros pecados, y hace que le caigan de las manos, por así decirlo, los rayos que ya estaba a punto de descargar sobre nuestras cabezas. ¡Cuántos pecadores recibieron el don de la penitencia y la conversión por haber celebrado o escuchado devotamente la Santa Misa! Con razón nos enseña la Iglesia que, apaciguado Dios por la Santa Misa y concediendo la gracia y el don de la penitencia, perdona los delitos y los pecados, incluso los más graves: *Huius quippe oblatione placatus Dominus, et gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata, etiam ingentia, dimittit*[55] . Para los justos, además de las faltas veniales, el sacrificio del altar perdona también la pena temporal debida a sus pecados.

Además, la Santa Misa no solo nos procura bienes espirituales, sino también temporales, cuando benefician a la salud del alma. *Per auditionem Missae,* dice san Gregorio Magno, *homo liberatur a multis malis et periculis.* Por lo tanto, por este santo sacrificio se obtiene la salud de los enfermos, la ayuda oportuna de los pobres abandonados, el alejamiento de los males que continuamente asolan nuestra vida de todo tipo de afligidos. San Agustín relata muchos favores temporales obtenidos en su época por medio de la Misa, y añade que quien la escucha con devoción no perecerá de mala muerte: *Qui Missam devote audierit, subitanea morte non peribit.* Y san Leonardo de Porto Maurizio exclama: «Creo que si no fuera por la Santa Misa, el mundo ya se habría hundido por sus iniquidades. La Misa es ese poderoso apoyo que lo mantiene en pie[56] ».

Este sacrosanto sacrificio beneficia también a las almas del purgatorio; es más, es el medio más eficaz para aliviar sus penas, acortar el tiempo de su exilio e introducirlas más pronto en el reino bienaventurado[57] . Por lo tanto, haremos algo muy grato a María si, al escuchar a menudo la Santa Misa, aplicamos sus méritos a las almas del purgatorio, que en su vida mortal fueron más devotas que esta augusta Reina del cielo.

Práctica. – Escucharé devotamente la Santa Misa todos los días festivos, y también los días laborables, si los deberes de mi estado lo permiten.

Ejemplo

En el año 1868, una señora de Milán sufrió un ataque de parálisis que la dejó al borde de la muerte, con la amenaza de nuevos ataques. Reducida así al extremo de la vida, sus familiares, animados por otros hechos que habían oído narrar, y sin esperar ya consuelo de los medios humanos, recurrieron a la ayuda del Cielo, a la protección de María, Auxilio de los cristianos. Con este fin, se solicitaron las oraciones especiales que se suelen hacer en casos graves en la iglesia de María Auxiliadora en Turín y se decidió que al día siguiente se celebraría allí la Santa Misa por la enferma en el altar dedicado a ella. Hacia las siete de la mañana comenzó la Santa Misa en Turín, y los familiares y amigos de la enferma se arrodillaron alrededor de su lecho con la intención de unirse al sacerdote celebrante y escuchar la Santa Misa desde lejos. Rezaban para que la pobre enferma se recuperara al menos lo suficiente como para poder recibir los Santos Sacramentos. Su oración llegó al trono de Dios. Hacia las siete y media, justo en el momento en que terminaba la Santa Misa, la enferma volvió en sí, abrió los ojos, recuperó el habla, comenzó a mover el brazo paralizado, luego la pierna y, finalmente, todo el cuerpo. Al principio, los presentes temieron que se tratara de un esfuerzo momentáneo de la naturaleza o un signo de delirio. Pero su temor se transformó rápidamente en una alegría vivísima cuando la enferma se sentó en la cama y dijo claramente: «Estoy completamente curada». Entonces pidió sus vestidos y, esa misma mañana, se levantó, fue a la iglesia para dar gracias a Dios y a su Santísima Madre y para comulgar. La afortunada señora escribió ella misma el relato de este hecho y termina con las siguientes palabras: «Deseo que se dé la mayor publicidad a este hecho, para que todo el mundo conozca la gracia que obtuve de María Auxiliadora, y así sea cada vez más invocado y bendecido su santo Nombre»[58] .

N. B. Mientras imprimimos este librito, nos llega una carta del párroco de Arosio, pueblo de Lombardía, que se refiere a este asunto. Su contenido es el siguiente.

Arosio, 23 de marzo de 1870.

Discúlpeme, señor Director, si me atrevo a escribirle esta carta para darle la buena noticia de mi curación.

El día 29 de este mes se cumplirá un año desde que me vi repentinamente afectado por una enfermedad que me privó de todos los sentidos, que los médicos consideraron mortal desde los primeros días y que, según decían, solo un milagro podría curar. Pero una persona, nada más conocer mi desgracia, se apresuró a darle noticia de mi caso, rogándole que me recordara en las oraciones que se hacen en la iglesia de María Auxiliadora y que celebrara allí una misa en su honor y gloria, para obtener de Dios las gracias que tanto necesitaba. Ella asumió las tareas que le fueron encomendadas y, al tercer día de mi enfermedad, durante la celebración de la Santa Misa, comencé a dar señales de vida exclamando: «¡Oh, María! ¡He aquí el milagro!». Así me lo dijo mi coadjutor, que estaba a mi lado. Desde entonces, las cosas fueron siempre bien, por lo que ahora puedo decir que estoy curado y puedo celebrar la Santa Misa. Di gracias y sigo dando gracias a Dios Todopoderoso, bueno y misericordioso, por el precioso don de la salud que me ha concedido. He dado gracias a María Auxiliadora de los Cristianos y a todos los buenos que rezaron por mí. Gracias a todos. ¡Gracias todos los días de mi vida!

OCTAVO DÍA

V. Deus, in adiutorium meam intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilio de los Cristianos,

R. Ora pro nobis.

Honrar a Jesús Sacramentado en las solemnidades, en las procesiones, en el acompañamiento del Santo Viático y en las visitas a la iglesia

1. Para honrar a Jesús en el Santísimo Sacramento, la Santa Iglesia celebra a lo largo del año grandes solemnidades, como la del Jueves Santo y, especialmente, la del *Corpus Domini* con octava, y también las *Cuarenta Horas*. En estos días se esfuerza por honrar a su celestial Esposo y desea rendirle todo el honor y la gloria que le son debidos. Pero, como madre piadosa, invita a todos sus hijos a unirse a ella, para que sea mayor el homenaje que se quiere rendir a la divina Majestad expuesta en este augusto Sacramento. La Iglesia adorna en esos días los templos y los altares con los ornamentos más ricos; quema los inciensos más agradables; multiplica las luces y las lámparas. Pero sabe, por otra parte, que para Jesús los ornamentos más bellos son las almas en gracia, los inciensos más agradables son sus oraciones, las luces y las lámparas más resplandecientes son los corazones que laten de amor hacia Jesús. Por lo tanto, cristianos, para corresponder a los deseos y exhortaciones maternales de la Santa Iglesia, debemos unirnos para honrar y adorar a Jesús de la mejor manera posible, y mostrar cuánta veneración y amor hay en nuestro corazón hacia Él. Las solemnidades del SS. Sacrameno son para Jesús lo que son las festividades para los príncipes temporales. En las fiestas de un príncipe de la tierra, observa lo que hacen los buenos súbditos; mira los actos de reverencia que le prestan. La alegría y el entusiasmo se manifiestan entre ellos especialmente en la capital y alrededor del palacio real. ¿Y nosotros, por nuestra parte, haremos menos por Jesús, Rey de reyes, Príncipe del Cielo y de la tierra, nuestro amigo, nuestro hermano, nuestro padre? Sería una falta demasiado grave y deshonrosa para un cristiano, demasiado dolorosa para el corazón de Jesús, tan amable.

Por eso, en estos días solemnes, acudamos a adorarlo ante su trono y, por la mañana, procuremos recibirlo en nuestro corazón por medio de la Santa Comunión.

2. Además de las solemnidades, hay otras circunstancias en las que se puede honrar a Jesús Sacramentado, como cuando se celebran procesiones solemnes o se lleva como viático a los enfermos. Por lo tanto, un buen cristiano debe preocuparse

por acompañarlo y hacerle cortejo. Sí, acompañémosle con gusto en las procesiones, que son como sus triunfos en este mundo, y unámonos devotamente a los ángeles que le rodean. Acompañémosle también cuando, lleno de bondad, es llevado por las manos de su ministro a visitar a sus amigos enfermos, para consolarlos en sus penas y ayudarles en el gran paso de la eternidad[59] . En un reino, aquellos que están destinados a acompañar al príncipe en sus viajes y visitas se consideran muy honrados. ¿Por qué no haremos lo mismo con el Rey del cielo? Imitemos a los dos discípulos de Emaús. Estos acompañaron a Jesús durante un buen trecho del camino, conversando con Él en santas conversaciones, escuchando con atención y placer sus palabras, aunque no lo conocían. ¿Qué más habrían hecho si desde el principio lo hubieran visto como su buen Maestro[60] ? Los que acompañan devotamente a Jesús en el Sacramento imitan desde ahora ese glorioso coro de vírgenes, visto por san Juan, que en el cielo siguen al Cordero divino dondequiera que va: *sequuntur Agnum quocumque ierit*[61] .

3. Pero no basta con mostrarnos devotos de Jesús en el Sacramento en sus solemnidades, acompañarlo cuando se mueve para bendecir nuestras casas o consolar a los enfermos. También debemos ir a rendirle homenaje en las iglesias, donde nos espera día y noche. Él podría haberse dejado presente solo en la Hostia durante la Santa Misa, o en el momento en que vamos a recibirlo en la Comunión; pero no; quiso estar continuamente en nuestras iglesias, para que, como hacia una madre tierna , pudiéramos correr a sus brazos, si fuera posible, en todo momento; Él está allí para prodigarnos las gracias más señaladas; en definitiva, está allí para atraernos a su amor en la tierra y luego tenernos con Él en el Paraíso. Vayamos, pues, a visitarlo a menudo. Los amigos del mundo encuentran tanta alegría entre ellos, que a veces pierden días enteros para estar juntos. ¿Y por qué no vamos a encontrar unas horas al día para entretenernos con el mejor de los amigos? ¡Oh, cuán dulce es la compañía de Jesús! María y José lo experimentaron antes que nadie. En compañía de Jesús saboreaban el Paraíso; y, por el contrario, se sumieron en la más afligida desolación durante los tres días en que él se mantuvo oculto de ellos: «*Ecce,* le dijo María, *pater tuus et ego dolentes quaerebamus te*[62] ». ¿Quién puede expresar la alegría que sintió san Juan en la última cena, cuando, en compañía de Jesús, más aún, cerca de Él, pudo apoyar su cabeza sobre su divino pecho, como un niño en el seno de su madre? «[63] ». Pues bien, similar a esa es la alegría que se siente al estar en compañía de Jesús en el Sacramento. De hecho, todos los santos siempre han encontrado en ello los más exquisitos consuelos. A san Luis Gonzaga, debido a su delicada salud, se le había prohibido permanecer ante Jesús Sacramentado. El joven santo obedecía, pero cuando tenía que pasar

ante el Sacramento sentía una fuerza tan grande que le empujaba a detenerse, que se veía obligado a romper en esta oración: Oh *Jesús, déjame ir, déjame ir.* San Francisco Javier, cuando estaba en la India, después de pasar el día ayudando a las almas, pasaba gran parte de la noche ante el Santísimo Sacramento, donde encontraba su descanso, es más, el paraíso anticipado. Lo mismo hacía san Juan Francisco Regis, que cuando encontraba la iglesia cerrada se consolaba permaneciendo arrodillado ante la puerta, incluso con frío, viento y lluvia. – ¡Cuántas almas buenas encuentran hoy en día el más dulce placer en permanecer horas ante el Santísimo Sacramento! Un día se le preguntó a un piadoso joven por qué iba tan a menudo a la iglesia y pasaba allí la mayor parte de su tiempo libre. Él respondió: «En la iglesia está Jesús, está el Paraíso; por eso prefiero estar en el Paraíso que en cualquier otro lugar[64] ». ¡Oh, sí, Jesús mío, tú junto con María Auxiliadora seréis de ahora en adelante mi único Bien, mi única Deleite!

Práctica. – Me llevaré a acompañar devotamente al Santísimo Sacramento y a visitarlo a menudo en las iglesias.

Ejemplo

El nombre de María Auxiliadora resuena ahora glorioso incluso en los países más lejanos. China es uno de ellos. Parece realmente que Dios quiere atraer hacia sí al mundo entero mediante los prodigios obrados en favor de los infieles por intercesión de su divina Madre. Esto es lo que se lee en *el Museo de las Misiones Católicas de Turín*[65] : «La Santísima Virgen, siempre propicia hacia quienes la rezan, demuestra agradar más cuando se la invoca con el título de María Auxiliadora. He aquí dos hechos que demuestran cuán poderosa es la intercesión de María invocada bajo este título. Una mujer cristiana llevaba mucho tiempo paralítica de un brazo, había utilizado todos los medios prescritos por los médicos, pero sin obtener ningún alivio para su mal. El año pasado, con motivo de la inauguración de la capilla de Zoo-Sai, el marido de esta pobre enferma hizo allí una peregrinación en su nombre, mientras ella comenzaba en casa una novena con la misma intención. Su esperanza no fue defraudada, ya que al cabo de los nueve días se encontró inmediatamente mejor y, en poco tiempo, perfectamente curada. Otra cristiana llevaba varias semanas sin poder ingerir ningún alimento. En el mes de mayo hizo una peregrinación a la capilla de Zoo-Sai en honor a María y, nada más escuchar la misa y comulgar, recuperó las fuerzas perdidas y pudo alimentarse abundantemente. A

partir de entonces, su estado mejoró cada día más, hasta gozar de una excelente salud[66] .

NOVENO DÍA

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilium Christianorum,

R. Ora pro nobis.

Consuelos del devoto de María en el momento de la muerte

1. Uno de los medios más seguros para obtener una buena muerte es la devoción a María. María, en el momento de la muerte, consuela a sus devotos aliviándolos de sus males, los consuela liberándolos de sus temores; los consuela infundiendo en sus corazones una exquisita dulzura.

Tú sabes, oh devoto cristiano, que María es una madre muy tierna, una madre que nos ha dado Jesús en un exceso de amor por nosotros. Por eso, Ella siempre nos asiste amorosamente en todos los acontecimientos de la vida, nos defiende de tantos peligros del alma y del cuerpo. Pero si María protege a sus devotos durante la vida, mucho más los protege cuando los ve cerca del gran paso de la eternidad. ¡Oh! Entonces, con la debida proporción, Ella hace con ellos lo que hace una buena madre con su hijo enfermo. Esta madre terrenal lo asiste durante el día, lo vela por

la noche, lo acaricia, busca por todos los medios posibles aliviar su mal y, si pudiera, moriría ella misma para salvarle la vida. Ahora bien, si una madre terrenal muestra tanta solicitud por su hijo enfermo, ¿qué no hará María, la madre más amorosa y tierna, por sus devotos? Oh, sí, no solo por el alma, sino también por el cuerpo, Ella los asiste, los alivia, los consuela en ese momento terrible. Si las enfermedades no fueran un medio de salud y méritos, si la muerte misma no fuera una condición necesaria para entrar en el Cielo, oh, no, ningún devoto de María enfermaría jamás, ni moriría. Pero esto no puede suceder, porque habiendo padecido y muerto el mismo Hijo de Dios, habiendo sufrido y muerto la misma María, es necesario que al final también sus devotos padezcan y mueran. Pero su muerte es más bien un sueño muy dulce, porque está libre de angustia y llena de alegría.

2. *Las cosas que suelen angustiar a un moribundo son especialmente tres: los pecados de la vida pasada; los ataques de los enemigos presentes; y la inminente comparecencia ante el tribunal divino.* Estas tres causas de temor no pueden darse en un devoto de María. No pueden afligirlo los pecados de la vida pasada, porque, habiendo sido sinceramente devoto de María, los ha confesado y, por su poderosa intercesión, ha obtenido sin duda el perdón total. Ella misma lo reveló a santa Brígida con estas palabras: «Por mucho que alguien haya pecado, si vuelve a mí con verdadera enmienda, estoy dispuesta a recibirlo. Yo no miro los pecados que lleva, sino solo si viene con buena voluntad; porque soy llamada, y verdaderamente soy, la Madre de la misericordia». ¡Oh! Convenzámonos de que no sin razón María es proclamada por la Iglesia Virgen dulce, clemente y piadosa, o *clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria;* no sin razón es invocada Refugio de los pecadores; *Refugium peccatorum.* María es ese arca feliz, donde quien se refugia, dice san Bernardo, no sufrirá el naufragio de la perdición eterna: *Arca in qua naufragium evadimus.* La devoción a María, proclama san Bernardo, es un signo certísimo de la salvación eterna: *certissimum signum salutis aeternae*[67] . Y san Alfonso de Ligorio repetía a menudo: *«Si soy devoto de María, estoy seguro del Paraíso*». ¿Qué más? El poder y la bondad de María, dice santa Brígida, es tan grande que obtendría el perdón incluso para Lucifer, si este fuera capaz de recomendarse a ella. ¿Qué puede temer, pues, un devoto suyo, aunque haya sido pecador? Si en el momento de la muerte tuviera alguna razón justa para temer, María sabrá proporcionarle el medio para arreglar bien las cuentas de su alma; y si vanos temores vinieran a asaltar su corazón, Ella sabrá disiparlos e infundirle en su lugar la más dulce confianza. Se ha visto a grandes pecadores morir tan contentos, como si hubieran sido ángeles de inocencia durante su vida . ¿Y por qué? Porque, habiendo vuelto a Dios por medio

de María, continuaron después mostrándose como sus verdaderos y devotos hijos.

Ni siquiera el devoto de María podrá sentirse angustiado por los ataques de los enemigos presentes. Es cierto, como dice san Juan Apóstol, que el demonio vendrá a nosotros en el momento de la muerte con gran ira, sabiendo que le queda poco tiempo: *descendit ad vos diabolus habens iram magnam, sciens quod modicum tempus habet*[68] ; pero a nuestro lado encontrará a María, de cuya presencia, aterrorizado, tendrá que alejarse. El devoto de María, que durante su vida solía encomendarse a ella, al llegar al final se lanzará con mayor confianza a sus amorosos brazos, como un niño en brazos de su madre. Y si María está con nosotros, dice san Antonino, ¿quién podrá estar contra nosotros? ¡Oh, sí! ¡En el seno de esta Madre amable nos dormiremos plácidamente para despertar con ella en el cielo!

Ni siquiera al devoto de María en el momento de la muerte le causará pena la inminente comparecencia ante el divino Juez. Porque el Juez es el mismo Hijo de María, y María ante el divino tribunal es la abogada de sus devotos: *Advocata nostra*. Ciertamente, Jesucristo nunca condenará a un alma patrocinada por María, su querida madre.

3. Expulsada, pues, del lecho de muerte toda causa de temor, solo habrá lugar para la alegría. Sí, María, con sus bondades, sabrá desde ese momento hacer disfrutar a su devoto de una muestra del Paraíso. No es raro que, en el momento de la muerte, María consuele a sus devotos mostrándose visiblemente ante ellos. Así lo sentían san Buenaventura, san Carlos Borromeo, san Alfonso y muchos otros. Lo cierto de esto lo experimentaron, entre otros, santa Clara, san Felipe Neri, san Félix Capuchino, santa Teresa, san Pedro de Alcántara y san Juan de Dios. Este último esperaba en la muerte, con filial confianza, una visita de María, su tierna madre, y al no verla aparecer, ya se afligía un poco, cuando de repente María se le apareció con semblante paradisíaco y le dijo: «Oh, Juan, no es mi costumbre abandonar a mis devotos en esta hora: *Ioannes, non est meum in hac hora meos devotos derelinquere».* Poco después, el santo exhaló su alma en los brazos de Aquella a quien tanto había amado en vida[69]

Pero aunque María no se muestra visiblemente a todos sus devotos, es cierto que está con ellos en el momento de la muerte. María misma se lo aseguró a santa Brígida con estas palabras: «Yo, como Madre amorosa, quiero estar presente en la muerte de todos los que me han servido, quiero protegerlos, quiero consolarlos[70] ». Ella les hace sentir su cercanía infundiendo en sus corazones las más dulces

consolaciones. «Oh, padre mío —decía en su lecho de muerte un devoto de María—, oh, padre mío, si supieras cuánta alegría siento por haber servido y amado a la gran Madre de Dios. No sabría explicar la alegría que siento en este momento». Por eso, oh cristiano, procuremos amar a esta celestial Benefactora; recomendémonos a menudo a su patrocinio en vida, y entonces estaremos seguros de que nuestra muerte será dulce, seguida de una eternidad bienaventurada.

Práctica. – Me prepararé para hacer mañana una santa Comunión en honor a María, pidiéndole la gracia de poder recibir los santos Sacramentos en el momento de la muerte.

Ejemplo

Podría citar muchos ejemplos que confirman lo solícita que es María en acudir en ayuda de sus devotos en el momento de la muerte. Elijo uno entre mil, narrado por san Alfonso de Ligorio[71] . Adolfo, conde de Alsacia, después de haber pasado una parte de su vida un poco libremente, iluminado un día por la gracia divina, se convirtió, abandonó el mundo y sus placeres, y se hizo religioso. A menudo protestaba que quería vivir y morir en el amor y el servicio de María Esperanza y Refugio de los pecadores. Pero al llegar al final de sus días, y ante la perspectiva de la muerte, se apoderó de él un gran terror. Le vinieron a la mente los pecados de su juventud, el rigor del juicio divino, y ante esta consideración comenzó a temblar fuertemente por la duda de su salvación eterna. Pero la Santísima Virgen, que no duerme en las angustias de sus devotos, no lo dejó en ese doloroso estado de e . Acompañada por muchos santos, se presenta ante el moribundo, lo alegra con su belleza paradisíaca y lo consuela con estas palabras: *Adulphe mi carísimo, mors cur times, meus cum sis?* Adolfo, mi querido, tú eres mío, te has consagrado a mí, ¿y ahora por qué temes a la muerte? Ante esta visión y estas palabras, Adolfo sintió que su corazón se inundaba de paz y alegría, hizo un esfuerzo por lanzarse al seno de María y, en ese acto de amor, exhaló su alma. ¡Oh, muerte feliz! ¡Oh, que mi muerte sea semejante a esta!

Fiesta de María Auxiliadora

V. Deus, in adiutorium meum intende.

R. Domine, ad adiuvandum me festina.

V. Gloria Patri etc.

R. Sicut erat etc.

V. María, Auxilio de los Cristianos,

R. Ora pro nobis.

1. Para que, oh devoto cristiano, puedas participar mejor en la solemnidad de este día tan auspicioso, considero oportuno exponerte brevemente la historia del mismo. El sumo pontífice San Pío V, desde el1571 in , en memoria de la prodigiosa victoria de Lepanto, había proclamado a María: *Auxilio de los Cristianos*. Posteriormente, varios pontífices le confirmaron el mismo título y, con celo apostólico, se esforzaron por difundir la devoción a María Auxiliadora. Así, Inocencio XI aprobó en 1684 una cofradía constituida en Múnich bajo el título de María Auxiliadora. Pío VI aprobó en 1798 una nueva compañía bajo el mismo título, establecida en Turín, ciudad siempre muy devota de María.

Pero aún faltaba algo, y era un día del año destinado especialmente a honrar a María Auxiliadora, es decir, una fiesta con rito, misa y oficio aprobados por la Iglesia. Para que los sumos pontífices se decidieran a esta importante institución, se necesitaba algún hecho extraordinario, que no tardó en manifestarse. La maravillosa forma en que el papa Pío VII fue liberado de su cautiverio es el gran acontecimiento que dio lugar al establecimiento de la fiesta de María *Auxiliadora de los Cristianos.*

2. El emperador Napoleón I, después de haber oprimido de diversas maneras al soberano Pontífice, le pedía cosas que en conciencia no podía conceder. A la valiente negativa, el emperador respondió con violencia y sacrilegio. El papa fue arrestado y llevado a Savona, donde el glorioso Pontífice pasó más de cinco años en una severa prisión. Pero como donde está el Papa está el Jefe de la Iglesia, Savona se convirtió en cierto modo en otra Roma. Tantas muestras de afecto despertaron la

envidia del emperador, que, queriendo humillar al Vicario de Jesucristo, ordenó que fuera trasladado a Fontainebleau, un castillo no muy lejos de París. Mientras el jefe de la Iglesia gemía prisionero, a los cristianos no les quedaba más remedio que imitar a los fieles de la Iglesia primitiva, cuando san Pedro estaba preso, es decir, rezar. Rezaba el venerable pontífice, y con él rezaban todos los católicos, implorando la ayuda de Aquella que es llamada gran protección de la Iglesia, *magnum in Ecclesia praesidium.* Se cree comúnmente que el Pontífice prometió en ese momento a la Santa Virgen instituir una fiesta para honrarla con el augusto título de Auxiliadora de los Cristianos, si pudiera regresar a Roma al trono papal. Mientras tanto, la fortuna que hasta entonces había sonreído al terrible emperador comenzó a volverse en su contra. Después de haber hecho resonar su temido nombre por toda la tierra, Napoleón quiso llevar sus armas a las regiones más frías de Rusia. Creía encontrar allí nuevos triunfos, pero en cambio encontró su ruina. María, movida por la piedad ante los gemidos de Pío y las oraciones de tantos de sus hijos, cambió en pocos días el destino de Europa y del mundo entero. El rigor del invierno, la estrategia de los rusos y la infidelidad de muchos generales franceses frustraron las esperanzas de Bonaparte, que en pocos días vio derrotado a su ejército. De los más de seiscientos mil soldados que componían su ejército, apenas cincuenta mil pudieron salvarse; los demás perecieron. El propio emperador tuvo que huir apresuradamente, retirarse a París y, poco después, entregarse prisionero a los ingleses.

Caído Napoleón, la justicia pudo volver a seguir su curso. Pío VII fue inmediatamente puesto en libertad y Roma lo acogió con gran alegría. El Santo Padre, al ver cumplidos sus votos, lleno de gratitud hacia su celestial Libertadora, quiso darle una muestra pública y perpetua de gratitud. Con este fin, instituyó la fiesta de *María Auxilium Christianorum,* que se celebra cada año el 24 de mayo. Se eligió este día porque precisamente en 1814 había sido liberado y pudo regresar a su sede entre los aplausos de todos los católicos.

3. El glorioso pontífice Pío VII promovió durante toda su vida el culto a María Auxiliadora; aprobó asociaciones y cofradías dedicadas a ella; concedió muchas indulgencias a las prácticas de piedad en su honor. Los pontífices sucesores continuaron promoviendo el culto a María bajo el hermoso título de *Auxiliadora de los cristianos*. El propio rey Pío IX, celoso promotor del honor debido a la augusta Madre de Dios, se esforzó por que se erigiera en Turín una iglesia dedicada a María Auxiliadora bajo su especial protección. Mediante decreto del 22 de mayo de 1868, se dignó conceder la indulgencia plenaria a todo aquel que, arrepentido, confesado

y comulgado, visitara la citada iglesia, para ser obtenida o bien el día de la fiesta, el 24 de mayo, o bien en cualquier otro día a elegir. Posteriormente, en la misma iglesia, con la autorización del arzobispo de Turín, se instituyó una *Pía Asociación de devotos de María Auxiliadora,* a cuyos miembros se concedieron muchas indulgencias plenarias y parciales. Finalmente, el mismo Pontífice, con decreto del 5 de abril de 1870, amplió los favores celestiales, concediendo que también se pudieran obtener las mismas indulgencias en otras iglesias, erigiendo la Pía Asociación en Archicofradía, con el privilegio y la facultad de agregar otras asociaciones que fueran canónicamente erigidas bajo este título. He aquí, oh devoto cristiano, los grandes tesoros que se nos ofrecen.

Práctica. Hoy me consagraré a María prometiendo amarla en el futuro con todo mi corazón y servirla de la mejor manera posible.

Acto de consagración a María

Santísima Virgen, Madre de Dios, yo*, N. N.,* aunque soy un pecador indigno postrado a tus pies, en presencia del Dios todopoderoso y de toda la corte celestial, te presento y te ofrezco mi corazón con todos sus afectos; te lo consagro y quiero que sea siempre tuyo y de tu amado Jesús. Acepta, oh Madre benignísima, de este tu pobre siervo la humilde ofrenda unida al corazón de todos los santos; y haz que a partir de este momento comience a vivir únicamente para ti y para tu divino hijo Jesús. Con su divina ayuda y su amorosa asistencia espero hacerlo, y por mi parte lo prometo. Entre vuestros dos corazones, Jesús y María, poned mi pobre corazón, para que se inflame por completo de vuestro santo amor. Para que, viviendo así en vuestro amor, pueda un día bendeciros y alabaros allá arriba en el cielo en compañía de los ángeles y los santos por toda la eternidad. Así sea.

Asociación de devotos de María

Auxiliadora

1. En la iglesia dedicada a María Auxiliadora en Turín, con la autorización de Su Excelencia Reverendísima el Arzobispo de Turín, se ha instituido canónicamente una Asociación de sus Devotos que se propone promover las glorias de la divina Madre para merecer su protección en la vida y especialmente en el momento de la muerte.

2. Se proponen dos medios especiales: difundir la devoción a la Santísima Virgen y la veneración a Jesús sacramentado.

3. A Para tal fin, se esforzarán con palabras, consejos, obras y autoridad por promover el decoro y la devoción en las novenas, fiestas y solemnidades que a lo largo del año se celebran en honor de la Santísima Virgen María y del Santísimo Sacramento.

4. La difusión de buenos libros, imágenes, medallas, pagellas, intervenir y recomendar la intervención en las procesiones en honor de María SS y del SS Sacramento, la Comunión frecuente, la asistencia a la santa Misa, el acompañamiento al Viático son las cosas que los Agregados se proponen promover con todos los medios compatibles con su estado.

5. Los Asociados pondrán el máximo cuidado en sí mismos y en las personas a su cargo para impedir la blasfemia y cualquier discurso contrario a la religión y, en la medida de lo posible, eliminarán cualquier obstáculo que pueda impedir la santificación de los días festivos.

6. Se exhorta encarecidamente a cada Asociado, según los consejos de los catecismos y de los maestros espirituales, a acercarse a la Santa Confesión y a la Comunión cada quince días o una vez al mes y a escuchar cada día la Santa Misa, siempre que las obligaciones de su estado lo permitan.

7. In En honor a Jesús Sacramentado, los asociados recitarán cada día, después de las oraciones habituales de la mañana y de la tarde, la jaculatoria: *Sea alabado y agradecido en todo momento el Santísimo y Divinísimo Sacramento.* Y en honor de la Santísima Virgen: *María Auxilium Christianorum, ora pro nobis.*

A los sacerdotes les basta con poner en la Santa Misa la intención de rezar por

todos los Agregados a esta piadosa Asociación. Estas oraciones servirán como vínculo para unir a todos los Asociados en un solo corazón y una sola alma para rendir el debido honor a Jesús escondido en la Santa Eucaristía y a su augusta Madre, para participar en todas las obras de piedad que realizarán todos los Asociados.

Ventajas espirituales de los asociados

1. Todos los Agregados, para ayudarse mutuamente a caminar por el camino de la salvación, se comprometen a compartir todas las buenas obras que cada uno realice en privado, en la iglesia de María Auxiliadora o en cualquier otro lugar.

2. Participarán también en las prácticas de piedad que se realizan en el altar de la Asociación, que es el altar mayor de esta Iglesia: altar privilegiado diario según el Decreto de la Sagrada Congregación de 22 de mayo de1868. A este Altar, entre otras cosas, cada mañana alrededor de las seis en días laborables, y alrededor de las siete en días festivos, se celebrará una Misa, con el rezo de la tercera parte del Santísimo Rosario, con oraciones especiales y con la Comunión de todos los que puedan participar.

El reinante Pío IX concede benévolamente 100 días de indulgencia a todos y por cada vez que se participe en este ejercicio de piedad.

Todas las noches tendrá lugar el canto de alabanzas sagradas, la lectura espiritual, las oraciones, la bendición con el Santísimo Sacramento, a lo que seguirá el rezo del Santo Rosario como por la mañana.

3. Todos pueden obtener la indulgencia plenaria el día en que se inscriban en la asociación. Decreto del 11 de marzo de 1870.

4. Indulgencia plenaria en las solemnidades de la Sagrada Navidad, de la Circuncisión, de la Epifanía, de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo; en Pentecostés, en el día del *Corpus Domini*.

5. Indulgencia plenaria igualmente en la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen; de su Natividad, Presentación en el Templo, Anunciación, Purificación, Visitación, su Asunción al Cielo.

6. La misma indulgencia plenaria se puede obtener cualquier día de la novena o en la fiesta de *María Auxilium Christianorum;* en la fiesta de San Francisco de Sales, de San Luis Gonzaga, y en el día de cada mes que elijan para hacer el Ejercicio de la Buena Muerte. Las indulgencias mencionadas en este número también pueden ser obtenidas por aquellos que no estén inscritos en la piadosa Asociación.

7. Cada miembro que participe en las prácticas de piedad que se realizan en esta iglesia a lo largo del año con motivo de triduos o novenas puede obtener una vez al día la indulgencia de siete años y otras tantas cuarenta. – Cabe señalar aquí que para la adquisición de las mencionadas indulgencias plenarias se prescribe la confesión sacramental y la comunión, a menos que el miembro tenga la lo e práctica de acercarse cada semana a la confesión. En este caso, solo se busca el estado de gracia.

8. Cada año, en el primer día libre después de la fiesta de María Auxiliadora, se canta una misa de *réquiem* con otros sufragios especiales por las almas de los hermanos difuntos, en particular por aquellos que hayan sido llamados por Dios a la vida eterna durante ese año.

9. Si un hermano o una hermana enfermaran, o si Dios quisiera llamarlos a una vida mejor, serán recomendados de manera especial en las oraciones que se hacen cada día en el altar de María Auxiliadora, siempre que se avise al director de la iglesia.

Aceptación

1. Quien desee formar parte de esta piadosa Asociación deberá inscribir su nombre y apellidos, lugar y domicilio, en el registro correspondiente que se conserva en la sacristía de la iglesia de María Auxiliadora. En ese momento, si lo desea, se le entregará una imagen, una medalla y el librito de la Asociación.

2. Los párrocos y cualquier otra persona que tenga a su cargo el cuidado de almas, los directores de colegios, casas de educación o instituciones benéficas pueden agregar a cualquiera de sus empleados, siempre que envíen los nombres de los agregados al director de la iglesia, que también es director de la piadosa asociación.

3. No hay ninguna cuota anual; cada uno, si lo desea, hará cada año alguna ofrenda

para sufragar los gastos necesarios para la novena y la fiesta de María Auxiliadora, y para todas las funciones que se celebran en las diversas ocasiones del año en la iglesia de la Asociación.

Este reglamento fue aprobado por la autoridad eclesiástica el 18 de abril de 1869, cuando la Asociación fue erigida canónicamente. El 5 de abril de este año 1870, el mismo Sumo Pontífice, con un decreto especial, erigió la Asociación en archicofradía con varios privilegios, con la facultad de agregar otras Asociaciones canónicamente instituidas.

Por el sacerdote Giovanni Bosco

Turín, Tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales, 1870

Con la aprobación de la Revisión Eclesiástica

1. El rey Pío IX concede 300 días de indulgencia cada vez que se reza esta jaculatoria. (*14 de febrero de 1869*). ↑
2. Epístola a Eustoc. ↑
3. Luc. I, 39. ↑
4. S. Alf. de Liguori Gl. Di Maria. ↑
5. Juan II, 3. ↑
6. Jn XIX, 26, 27. ↑
7. V. S. Alf. Novena de meditaciones. ↑
8. V. S. Alf. Gl. di M. ↑
9. V. S. Cirilo. Aless. Homil. cont. Nest. – Oct. Nativ. B. V. ↑
10. Serm. apud Metaph. Die 5, Nativ. B. V. in Off. ↑
11. Hom. 2 super Missus est. ↑
12. Cant. II, 5. ↑
13. Ecl. I, cap. 24. ↑
14. V. *Rimembranza di una solennità in onore di Maria Ausiliatrice*, Turín, tipografía del Oratorio de San Francisco de Sales. 1868. ↑
15. Salmo 73. ↑
16. I Corintios 15. ↑
17. Éxodo 20. ↑
18. Levítico, cap. 26. ↑
19. Éxodo 31. ↑
20. En cap. 26 Mateo. ↑
21. Levítico, capítulo 24. ↑

22. Año 510. ↑
23. Hebreos, XIII, 17. ↑
24. V. Apologista, N.º 10, año XII. ↑
25. Juan 20. ↑
26. Mateo 18. ↑
27. Serm. 393. ↑
28. De lapsis. ↑
29. Hom. II en sal. 37. ↑
30. Sess. XIV, can. 6, 7. ↑
31. Epístola 93, a Virgilio Sofón. ↑
32. Mateo 16. ↑
33. V. Apologista, N. 10, año XII. ↑
34. Prov. 8. ↑
35. Salmo 110. ↑
36. V. S. Giov. Crist. Hom. 61, ad pop. ant. ↑
37. Salmo 110. ↑
38. Luc. 22. ↑
39. Juan 6. ↑
40. Mateo 26. ↑
41. Sess. 13, 2. ↑
42. Tract.84 in Joan. ↑
43. Juan 6. ↑
44. Juan 6. ↑
45. Mateo 11. ↑
46. V. Cip. lib. 6, de Lapsis. ↑
47. Sess. 22, cap. 6, V, también sess. 13, cap. 8. ↑
48. Historia Eclesiástica, año 552. ↑
49. Conc. Trid. Sesión 13, cap. 2. ↑
50. Ibidem. ↑
51. De perf. Relig. Cap. 21. ↑
52. V. Summa de s. Tom. Parte 3, q. 80, art. 10. ↑
53. V. Tom. IV Sent. – V. La Sagrada Comunión por Monseñor Segur. ↑
54. Véase *Rimembranza di una solennità* ecc. Apéndice. ↑
55. Conc. Trid. Sesión 22, cap. 2. ↑
56. *Tesoro nascosto*, etc., art. IV. N. VII. ↑
57. Conc. Trid. Sesión 22, cap. 2. Sesión25 in principio. ↑
58. Véase *la conmemoración* citada. ↑
59. Adquiere la indulgencia de 7 años y 7 cuarentenas quien acompaña

devotamente al Santísimo Viático con una lámpara o vela encendida; de 5 años y otras tantas cuarentenas quien lo acompaña sin lámpara; y de 3 años quien, legítimamente impedido, envía a otra persona en su lugar con una lámpara o vela encendida. Todas estas indulgencias son aplicables a los fieles difuntos por concesión de Benedicto XIV. ↑

60. Luc. 24. ↑
61. Apocalipsis 14. ↑
62. Lucas 2. ↑
63. Jn. 13. ↑
64. *Vida del joven Saceardi Ernesto*. Letture Catt. año XVI, fasc. 9. ↑
65. N.º 48, año XII, 88 de noviembre de 1869. ↑
66. V. *Apologista*, n.º 10, año XII. ↑
67. V. S. Alfonso, *Glorias de María*. ↑
68. Apocalipsis 12. ↑
69. V. S. Alfonso, Gl. Di Maria. ↑
70. Ibidem. ↑
71. V. S. Alf. Gl. di Maria. ↑